

* RAMIRO FARFÁN CANTERO, AQUÍ Y AHORA

Ángel Avendaño

De repente, como un rayo a través del hilo telefónico, la voz de mi hermana Lida me anuncia que un infarto al corazón acababa de llevarse la vida de Ramiro Farfán Cantero. En un tris, la infausta noticia me sepultó en sus aires de estupor. Como en otras oportunidades, caí de bruces sobre mis propias impotencias, sobre la inutilidad de ensayar explicaciones acerca de lo personal e íntimo de la muerte o en torno a sus implicancias universales que nos concierne a todos: por la sencilla

razón que nadie muere completamente preparado para morir. Para qué axiologías metafísicas o filosofías, si acababa de irse un hombre que vivió el cielo y el infierno de haberse dedicado únicamente a ayudar a otros hombres. En mi soberbia humana, me niego a admitir esa muerte, ese doble exilio de un ser humano excepcional, que estando a mi lado no será nunca más en mi vida; ni pausa ni movimiento, ni la esperanza de alcanzarle la mano cualquier día: únicamente presencia inasible, más allá que se disgrega en tiempo, recuerdo del que se habla de tarde en tarde.

En lo que tengo de vida, jamás conocí a un médico tan cabalmente instalado en la profunda



significación del vocablo latino: Médicus. Un defensor de la vida sobre todos los achaques y dolencias de la enfermedad. Amigo del hombre sin distinciones. Burlón y fraterno a un tiempo, de noblezas infinitas, alcanzando sus manos salvavidas sin estridencia ni reticencias, sin esperar nada a cambio, aplomado en su ciencia, en su saber humano, en su bondad sin ruidos ni beneficios para sí, sin explicaciones triviales ni palabreríos insulsos. Singularmente un hombre en cuyo corazón conciliaban humanismo y humanidad, saber caudaloso y humildad ejemplar.

Todo queda corto para hablar de tal paradigma. Del médico que sincretizó en su

* Artículo extraído de la Revista *El Antoniano* - Año 16 - N° 109

vivir cotidiano la abnegación y entrega a sus semejantes, el sentido de la renuncia y el saber del silencio. De quien sentó cátedra de serenidad en el infortunio, convencido, de que sólo el dolor humano requiere la caridad del prójimo. Cientos de dolientes descubrimos en Ramiro Farfán Cantero a un médico abrevado en sus libros de ciencia, pero también en los textos cotidianos del diario discurrir, en la experiencia del dolor y en los fracasos de la muerte. Como ningún otro médico, Ramiro Farfán Cantero dilató la gratitud hasta mucho más allá del simple cariño de reconocimiento o la amistad. Fue una suerte de santo laico, de patriarca, Kuraq akulli, cuya serenidad irá creciendo y creciendo hasta ser una leyenda en la memoria del Qosqo.

En el instante que escribo este suelto, no puedo contener esta plétora de rabia y llanto que me nubla el monitor de la computadora. Este cáliz amargo, este misero instante en que la vida se me hace un hueco inexplicable. Otra vez el Cusco se horra ante mis ojos. Es más lejanía y más ausencia que nunca. Me instalo en el consultorio de Ramiro Farfán Cantero, primero en Mesón de la Estrella, luego en Wayna Qhápaq. Veo a decenas de paisanos como yo, esperando turno para hablar con el doctor, con el único que sabía curar el alma y el cuerpo.

No. Será muy difícil encontrar otro médico que me ausculté con tal derroche de tolerancia. Que me muestre mis males como una fotografía, hablando despacio, optimista, explicándome que todo tiene cura. Curándome con sus palabras, con la infinita cordialidad de sus palabras, como si yo fuera su primer paciente y él toda la euforia y el estoicismo del primer Esculapio.

Así es Ramiro. Es muy difícil hablar de ti en pasado. Ahora por ejemplo, estoy nuevamente en tu consultorio, bromeando contigo en quechua. Tú me hablas del coraje

de vivir, de nuestra universidad, de los apalcos que sufren los pacientes en los hospitales. Dices cambiará, tiene que cambiar. Vuelves a apostar por la vida. Yo regreso a tu consultorio, está Meche, cordial y calladita como siempre. Está David. Todo San Salvador. El Cusco entero está metido en tu consultorio. Ah, También nuestro Cieneciano, estimulando nuestros masoquismos con sus derrotas. Y sin embargo, nada de lo que diga o calle podrá hacerte volver. Ya eres un trozo de tiempo que desnuda en silencio toda la magnitud de su vida, un recuerdo sin mácula, claro, siempre más claro que el día anterior. ¿Esa forma de vivir, es acaso la perfección del que habló Baruch Spinoza?

Recuerdo cuando te hablé sobre el Diccionario Enciclopédico del Cusco, rehusaste figurar en él. Y por el contrario me proporcionaste los nombres de varios de tus colegas. Así eras, amplio, desprendido, sin afanes de figuración. Tus afanes eran tu ciencia, el sufrimiento de los enfermos, de los que no tienen dinero para las medicinas, de tu juramento de Hipócrates, que en ti fue un verdadero juramento de solidaridad humana.

Ahora que paso los días leyendo para nada y escribiendo libros para nadie. Un día encontré por fin tu biografía en la obra de Marguerite Yoncenar: *Opus Nigrum* Tú eres el médico Zenón de esa épica narrativa. Tus días trascienden tu tiempo, no sólo por la intensidad de tu vida, por tu vocación, por tu voz, que inventaba la esperanza, sino por sufrir con los que sufren, por aplacar el dolor de los ajenos como si fueran tus propios padecimientos. Sólo tú, Ramiro Farfán Cantero encarnaste tanto en tus pacientes, que has reducido tu vida a la intemporalidad del silencio. Desde ahora y para siempre, la gratitud de cientos de qosqorunas te vestirá mejor que la absurda mortaja que te arropa. ▀

*Limapi, iskaychunka pisqayuy p'uncawpi.
ayriwa killapi, iskay waranqa soqtauyuy watapi.*